

# EN LA BOCA DEL LOBO



**MICHAEL  
MORPURGO**

**BARROUX**

# **EN LA BOCA DEL LOBO**

**MICHAEL MORPURGO**

MICHAEL MORPURGO

EN LA **BOCA** DEL  
**LOBO**

ILUSTRACIONES DE  
**BARROUX**

Traducción del inglés de  
Julio Hermoso

 Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: octubre de 2019

Título original: *In the mouth of the wolf*

En cubierta: ilustración y diseño de Barroux

© Michael Morpurgo, 2018

Illustration first published in 2018 under in the title *In the mouth of the wolf*

by Egmont UK Limited, The Yellow Building, 1 Nicholas Road,  
London, W11 4AN

Illustrations copyright © Barroux, 2018

The illustrator has asserted his moral right.

All rights reserved

© De la traducción, Julio Hermoso

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.  
c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-17996-21-5

Conversión a formato digital: María Belloso

*Para Nan y Francis,  
Niki, Jay, Christine y Paul.  
Y para Kia*

A handwritten signature in cursive script, appearing to read "Michael Margolis", with a large, stylized flourish underneath.

*En recuerdo de Yves Barroux.  
Para Marie-Thérèse y Sophie-Laure*

BARROUX

# FELIZ CUMPLEAÑOS PARA MÍ

Hoy me han dado una fiesta de cumpleaños muy alegre. Ha venido todo el pueblo.

He cumplido noventa años. A estas alturas, camino ya un poco encorvado y tengo las rodillas y las caderas quizá más oxidadas de lo que debería, pero puedo ir andando hasta el pueblo, aún disfruto con una buena comida y una copa de un buen vino tinto, y esta noche ha habido mucho de ambos. El sueño ya no viene a mí tan fácilmente como antes, aunque tampoco es como para quejarse. Tengo mis recuerdos y estoy rodeado de amigos por todas partes, de familiares también, los que siguen vivos. ¿Qué más podría pedir un anciano? Pues estaría bien tener un poco mejor la memoria. Se me dan bien las caras y los lugares, pero me lío con los años, me hago un embrollo con ellos... Me paso el tiempo tratando de desembrollarlos.



El alcalde del pueblo ha hecho un discurso muy generoso y ha mencionado lo honrados que se sentían por tener a *monsieur* coronel Francis Cammaerts —«un gran hombre y un gran amigo de las gentes de Le Pouget y de toda Francia»— viviendo aquí en su pueblecito francés, y también a su familia. Los niños del colegio han formado en el jardín con la bandera británica y la tricolor francesa y han cantado en francés «Sur le Pont d'Avignon» y en inglés «London Bridge is Falling Down», y todo el mundo ha aplaudido y me han cantado el «Cumpleaños feliz» en los dos idiomas.



Una niña ha salido del grupo para regalarme unas flores, unos lirios rojos, blancos y casi azules. Encantadora. El alcalde ha dicho que era la última niña que había entrado en la escuela, que había venido desde Punjab hacía poco tiempo para vivir en el pueblo. La pequeña ha hablado con mucha calma y dignidad, y en un buen francés. «Me llamo Jupjaapun Kaur. En nombre de todos los niños de Le Pouget, le deseo que tenga un feliz cumpleaños». He repetido su nombre una y otra vez para asegurarme de que lo estaba pronunciando bien.

Me ha sonreído y me ha contado que Kaur significa «princesa». Las flores, me ha dicho, son de su jardín.



En ese momento, me he alegrado mucho de que regresáramos a vivir a Francia, pero a la vez estaba triste porque no estuviésemos todos aquí, por no tener a Nan y a nuestra Christine con nosotros. Y a tantos más. Hoy los echo de menos más que nunca. Pero tengo a Paul, también tengo a Niki. Y a Jay.

Un maravilloso hijo y dos queridísimas hijas, y a la pequeña Kia, que ya no es tan pequeña, ni mucho menos: los nietos crecen todavía más rápido que tus propios hijos. Debería estar agradecido.

Y lo estoy, lo estoy. Pero me encuentro en el ocaso de mi vida, un ocaso salpicado de alegrías... y de penas.

De repente me he sentido cansado y deseando llegar a la soledad y el silencio de mi pequeño cuarto, a la cama. Me he despedido de todos. Jay me ha ayudado a entrar en casa y a meterme en la cama, me ha dado un abrazo y se ha marchado. Qué hijos tengo, ¡cómo se preocupan por mí!

De manera que aquí estoy ahora, en mi cama. Ha anochecido. La luz de la luna entra brillante por la ventana, y las campanas de la iglesia tocan y dan la medianoche. Mi búho, un autillo, me ulula una

felicitación de cumpleaños. Sonríó a la luz de la luna y me recuesto en mis almohadones. Ya sé que no voy a dormir.



Esta es una noche para los recuerdos. Quiero acordarme de todos los que no han estado aquí, en mi fiesta, de todas esas buenas compañías que me han cogido de la mano, que me han acariciado la frente, que me ayudaron a seguir en pie. Quiero volver a verlas, estar otra vez con ellas, volver a vivir toda mi vida con ellas, desde la época en que jugaba en el parque hasta ahora. Noventa años.

## CUANDO JUGABA EN EL PARQUE



¿Papá? ¿Estás ahí, papá? Menuda fiesta te has perdido. Pienso en ti, y ahí estás, sentado con tu traje de tela de *tweed*, con ese nido de pájaros que tienes por barba, envuelto en el humo de la pipa. Siempre quise ser como tú, papá, fumar en pipa, escribir buena poesía, novelas y relatos, ser una persona sabia. Tú sabías mucho sobre la mayoría de los temas, pero no sobre todas las cosas. Para empezar, tuviste demasiados hijos. Cuatro hijas, todas ellas de risa ruidosa y con opiniones acerca de todo —Marie, Elizabeth, Catherine, Jeanne—, y después estábamos Pieter y yo, «los chicos», como tú nos llamabas. Por todas partes había niños que daban volteretas, que ocupaban los cajones de arena del parque y no me dejaban un hueco, que hacían unas interminables obras de teatro en las que siempre me tocaba hacer de árbol por ser alto.



Mis hermanas escogían las obras y se quedaban también con los papeles protagonistas. Pieter era el mejor actor, pero le obligaron a interpretar el tronco en el que se sentaba Fondón en *El sueño de una noche de verano*. ¿Te acuerdas de eso, papá? Y yo volví a hacer de árbol, por supuesto. Comentaste que Pieter había interpretado un tronco fantástico, pero no dijiste nada de que yo fuese un árbol magnífico.

Siempre me gustó tenerte para mí solo, aunque casi nunca era posible. Nunca me leías los poemas ni las historias a mí solo, siempre a todos juntos. Me encantaban las historias, adoraba los poemas, pero a ti te quería más.



¿Recuerdas aquellas vacaciones de verano en Bélgica, papá, los paseos por el campo en el bosque de las Ardenas donde tú creciste de niño? Aquellos ratos fueron los mejores, papá, solos tú y yo, también Pieter que venía detrás sacudiendo un palo. Siempre llevaba un palo. Una vez le pregunté por qué lo sujetaba como una espada, y me contestó que estaba rechazando el ataque de los lobos. Entonces le dije que no hacía falta luchar con ellos, que se podía dar la vuelta, mirarlos a la cara, dar unas palmadas y hacerse el valiente. Y Pieter me dijo que no, que si se acercaban y le enseñaban los dientes, que si querían comérselo, si querían hacer trizas a nuestra familia, él tenía que luchar con ellos.



Tú, papá, con tu sabiduría, en tu constante deseo de ser justo, nos dijiste que los dos teníamos razón. Pero tú me habías contado siempre, toda mi vida, que fueron la ignorancia, los odios ancestrales y la política de poder lo que había arrastrado a Europa a los horrores de la Gran Guerra, y que en aquella guerra, como en todas las guerras, nunca hubo vencedores, solo gente que la sufrió. Ya me pusiste en la senda del pacifismo desde bien temprano, papá. Es una filosofía que me ha servido de guía y me ha preocupado durante toda mi vida.

Quién sabe por qué me enviaste a aquel internado y me desterraste del hogar familiar, de todo cuanto yo conocía, también de ti. Jamás fui tan desdichado, ni antes ni después de aquello. Me tumbaba en la cama cada noche y descargaba la ira contra mamá y contra ti. Me separé de vosotros, del hogar y de la familia, más y más cada noche. Poco después vino Pieter y se unió a mí, y a partir de entonces teníamos que habernos unido los dos frente al resto, pero yo era mayor, más alto, dominante y, me avergüenza decir, papá, que lo abandoné de un modo horrible. Peor aún, le di la espalda como hermano. Él era un chaval, un alfeñique. Lo traté con desdén, a veces lo repudí. Jamás me lo he perdonado.



Si te soy sincero, creo que eran los celos. Aunque yo fuera uno de los cabecillas de aquel lugar, más alto que cualquier otro niño del colegio, un gigante en el campo de rugby, siempre rodeado de amigos, pero Pieter era un ángel, con esa carita que le daba el aspecto de un dios en miniatura y siempre con buen corazón, el preferido de mamá, y tan rebotante de alegría y de risas en casa... Pero no en el internado. Aquel no era un lugar para un alma sensible. Él lo odiaba tanto como yo.

Tú no sabías nada de esto, ¿verdad, papá? Pieter y yo mantuvimos una vida escolar independiente el uno del otro. En casa

podía ser otra vez como un verdadero hermano para él. Liberados de la tiranía de aquel colegio, podíamos ser nosotros mismos, ser hermanos, los mejores amigos. Ahora bien, lejos de ti, papá, ya no te conocía. No te conocía, e incluso dejé de quererte por un tiempo. Nuestra casa se convirtió en un lugar extraño para mí. Tú estabas ocupado convirtiéndote en Emile Cammaerts, el que viajaba a Londres todos los días, el gran profesor universitario y poeta.

Se acabaron las vacaciones familiares en las Ardenas, se acabaron los paseos y las charlas por el bosque a solas tú y yo. En España rugía la Guerra Civil, las bombas de Hitler caían sobre Guernica, sobre las familias, sobre jóvenes y mayores por igual. Y los fascistas se ponían en movimiento en Alemania y en Italia. En el mundo resonaba el eco del desfile de las botas militares, el redoble de los tambores de guerra.



Me saqué el título universitario en Cambridge, viví los últimos coletazos de la buena vida, miré para otro lado y esperé que sucediera lo mejor, pero ya me temía que aquella Gran Guerra durante la cual yo había nacido no iba a ser la guerra que acabase con todas las guerras. Me dediqué a la enseñanza, no por convicción, todavía no, sino a falta de otra cosa mejor que hacer. Me diste tu aprobación y me dijiste que sería un gran maestro de escuela. Qué ganas tenía de creérmelo.

Apenas veía a Pieter en aquellos días. Él seguía su propia senda, la de un verdadero actor que recorría el país: ya no era un simple tronco. Cuando yo regresaba a casa, si es que lo hacía, tú

me enseñabas orgulloso las críticas. Me perdonaste por dejarme llevar, me permitiste convertirme en quien fuera que me fuese a convertir. Confiaste en mí, papá, y eso requiere amor, ahora lo sé. Tú me convertiste en quien soy, papá. ¿Y Pieter? Bueno, Pieter cambió por completo el curso de mi vida.



# UNA ESTRELLA EN CIERNES

El autillo sigue ululándole al mundo, a mí, deseándome un feliz cumpleaños, pero las campanas de la iglesia han dado la una, así que hace un rato que mi cumpleaños se acabó de manera definitiva. Una nube pasa por delante de la luna y oscurece mi cuarto. No me gusta la oscuridad, nunca me ha gustado. Y a Pieter tampoco. Odiaba quedarse solo por la noche. Cuando era pequeño, tenía la costumbre de venir a mi habitación y se metía en mi cama. Nunca le dije que a mí también me daba miedo la oscuridad. Solíamos contar las estrellas que podíamos ver para así dejar de pensar en la oscuridad, y yo le enseñaba los nombres de todas las que me sabía. Una vez me contó las ganas que tenía de ir allí, a las estrellas.



¿Estás ahí, Pieter? ¿Estás ahí arriba, en las estrellas? Te he echado de menos en la fiesta. O quizá hayas estado, ¿no? Cuánto tiempo, hermano pequeño. ¿Cuánto hace?, unos setenta años

desde que te vi subirte a ese tren «chuf-chuf», como tú los llamabas, en la estación de Radlett. Ya entonces, cuando el tren arrancó y tú me dijiste adiós con la mano asomado a la ventanilla, sabía que no volvería a verte. Tú desapareciste en la humareda, y yo quería echar a correr detrás de ti y gritarte que volvieses. Te vi en la cara, fugazmente, que sabías lo que yo temía, que no hacía falta que te advirtiese. Estabas haciendo lo que considerabas correcto. No me necesitabas en absoluto, ya no. Lo que no sabías, porque nunca te lo dije, era lo mucho que te necesitaba entonces y que te necesité desde entonces, todos los días, toda mi vida.



Lo hacíamos todo juntos, ¿verdad que sí, Pieter? Con papá fuera, trabajando en Londres incluso durante las vacaciones de verano, tú eras el único en casa con quien podía hablar realmente. Íbamos a nadar, a montar en bici, nos subíamos a los árboles, aprendimos a conducir juntos, y juntos aprendimos también sobre las chicas. Aprender a conducir fue muchísimo más fácil.

Llegó un día en que ambos nos distanciamos de casa y ya no éramos el hermano mayor y el hermano pequeño. Yo había

terminado la universidad, y tú estabas en la Escuela de Arte Dramático y actuabas en Stratford-Upon-Avon: era *Julio César*, y tú eras el mejor actor de todos, sin lugar a dudas. Me sentía tan orgulloso de ti, con tu toga..., qué envidia tenía de tu enorme don. ¿Cómo era posible que aquel crío que venía detrás de mí por el bosque apartando a los lobos con un palo, ese crío que anhelaba irse a las estrellas, se hubiera convertido en un magnífico actor?

Cogimos un bote de remos para irnos de pícnic por el río, lo amarramos bajo un sauce y hablamos como es debido, quizá por primera vez. Discutimos, no enfadados, pero sí de manera apasionada, sobre Hitler y Mussolini, sobre la guerra que sabíamos que se avecinaba. Yo hablaba de la inutilidad y del desperdicio de la guerra, de la barbaridad y del horror de la Gran Guerra, de que no debíamos rebajarnos al nivel de los fascistas y entrar en otro conflicto que solo serviría para matar a más millones de personas. Insistía en que el pacifismo era la única salida que tenía la humanidad para continuar adelante.



Entonces tú me sorprendiste con la fuerza de tus argumentos. Me dijiste que siempre habías respetado mis opiniones, pero que

me equivocaba, que el pacifismo no iba a detener a Hitler, que había que plantar cara a la crueldad del fascismo. Hitler había marchado sobre Alsacia y Lorena, y sobre Austria y Checoslovaquia, y me contaste que todo el mundo sabía que sus tanques no tardarían en entrar en Polonia. La libertad de Europa, de todo el mundo, se encontraba amenazada. Si estallaba la guerra, tú te alistarías y combatirías. Me dijiste que te encantaba actuar, pero que no podías seguir representando una pantomima en el escenario cuando estaba en juego la supervivencia de todos y de todo cuanto te era querido. Y entonces te dije —y qué bien recuerdo cómo te lo dije— que matar a otro ser humano estaba mal por muy digna que fuera la causa, que era tan perverso como cualquier otro mal, como cualquier tirano al que estuvieses combatiendo. Las guerras no resuelven nada. Fui categórico.

Tú te limitaste a sonreírme mientras remabas y me dijiste: «Cada uno tiene que hacer lo que debe, Francis». Entonces bajaste la vista a mis pies descalzos en el fondo del bote y te echaste a reír. «¡Por Dios, se me había olvidado qué pies tan grandes tienes! Por eso te llamaban en el colegio, cuando no estabas delante, Pies Grandes». Luego moviste tú los dedos de los pies y dijiste: «¿Ves los míos? Pies pequeños, Francis. Y siempre quise tenerlos más grandes, como los tuyos. Supongo que todos tenemos que acostumbrarnos a los pies que tenemos». Aquel era mi nuevo hermano, que ya no era el pequeño, sino un hermano con su propia manera de pensar, un hombre maravilloso.

Y seguiste tu camino, y yo seguí el mío. Ni tú ni yo nos escribíamos cartas si podíamos evitarlo. Nos encontrábamos de forma ocasional y un tanto incómoda en unas reuniones familiares de las que yo nunca disfrutaba. La familia se enorgullecía de tu éxito y me enviaba las reseñas de tanto en tanto. «Pieter Cammaerts es magnífico, impresionante». «Pieter Cammaerts, una estrella en ciernes».

Y mientras tú recogías aquellos elogios en la última primavera y el último verano de paz, yo seguía tratando de descubrir adónde me llevarían mis pies grandes. Tú tenías la intención de ser un gran

actor, y en eso te convertiste. En lo que a mí se refiere, me encontré un día de pie ante una clase de cuarenta niños, intentando hacer de profesor. Enseña, y enseña bien, pensaba yo; ofrécele a esos niños las oportunidades que se merecen. Es la única manera de hacer de este mundo un lugar mejor y más pacífico.

Ya me conoces, Pieter, siempre con la cabeza llena de ideas y de pontificaciones altruistas, pero aquellas ideas me servían de poco delante de todos aquellos niños, la mayoría de los cuales no tenía demasiadas ganas de aprender, la verdad. Descubrí que ser tan alto y tan grande era de ayuda. Al principio los tenía aterrorizados. El señor Gigante, me llamaban. También Pies Grandes. En ocasiones, oía un coro de ruidos que imitaban a un ogro cuando me veían venir.

Fue mucho lo que aprendí de uno o dos de los maestros del colegio, de Harry en particular. Me enseñó que tenías que estar de parte de los niños, y que ellos tenían que saberlo, que el respeto y el afecto mutuo eran la clave. Descubrí por mí mismo que tenía en clase a cuarenta rostros expectantes que elevaban la mirada hacia mí, cuarenta intelectos a la espera de que los estimularan, cuarenta corazones que aguardaban a que los conmovieran y los hicieran reír o llorar con poemas, relatos u obras de teatro. Tenía que averiguar qué les hacía tilín a cada uno de ellos, y para eso debía aprender a escucharlos y a entenderlos. Tenían que saber que en mí podían encontrar a un amigo, además de un maestro.

Intenté transmitirles todo cuanto yo adoraba de niño, todo lo que hacía contigo y con papá en las Ardenas. Recorrí caminando con ellos las orillas del río, buscando nutrias, garzas y algún martín pescador, nos paseamos por los bosques florecidos del azul de los jacintos silvestres, descubrí con ellos alguna zorrera, vimos las alondras elevarse sobre los campos. Fue del todo inesperado, pero me enamoré de la enseñanza, y enseguida supe que la convertiría en mi vida.



Pero, muy al estilo de lo que te pasó a ti con la interpretación, Pieter, Adolf Hitler cambió todo eso. Hizo que sus ejércitos invadiesen Polonia, tal y como tú dijiste que haría, bombardeó Varsovia. Aun así, yo esperaba y creía que podría lograrse la paz. ¿Te lo puedes imaginar? Vi lo que estaba pasando, todos lo vimos. Sus tanques entraron rugiendo en Holanda, cruzaron las Ardenas, el bosque de papá, nuestro bosque, y se adentraron en nuestra amada Bélgica.

Hiciste lo que dijiste que harías, dejar la toga en el teatro y ponerte el uniforme azul de la RAF. También tenías un aspecto impecable en ese papel. Te estuviste instruyendo durante meses en algún lugar del norte, en Escocia, pero no querías hablar de ello. Lo único que dijiste fue que, ahora que eras sargento navegante, lo más seguro era que conocieses las estrellas mejor que yo.

Celebramos una última comida de domingo allá en casa con la familia, tú de uniforme. Después te acompañé caminando a la estación y esperamos tu tren ante una taza de té. Se hizo el silencio entre nosotros, no porque fuésemos unos desconocidos, sino que más bien fue un silencio premonitorio. Estaba lloviendo cuando llegó tu tren. Nos abrazamos el uno al otro, ninguno de los dos se quería soltar. Te marchaste diciéndome adiós con la mano desde la ventanilla del tren mientras podías verme. Y eso fue todo.



Ibas al oeste a unirme a tu escuadrón de bombarderos en Cornualles, y yo me fui al norte, a Lincolnshire, a trabajar en una pequeña granja. Había tenido que presentarme ante un tribunal para explicar por qué no quería ni debía ponerme un uniforme y combatir en esta guerra, ni en cualquier otra. Me escucharon con cara seria, me dijeron que me equivocaba pero aceptaron mi sinceridad. Debía colaborar en el esfuerzo bélico de alguna otra manera, me dijeron. Tendría que irme a trabajar a una granja. El país necesitaba alimento.



Y así me vi ordeñando vacas, quitándoles la mugre, dando de comer a los cerdos, quitándoles la mugre, dando de comer a las gallinas, quitándoles la mugre. Quitando mugre y más mugre. Las ovejas eran las que más me gustaban, en especial en la época en que nacían los corderos. Conducía el tractor, ayudaba con el heno y la cosecha de la paja, arrancaba nabos y patatas. Aprendí más en unos pocos meses, Pieter, que en todo el tiempo que pasé en la universidad. Me puse en forma, más fuerte también, y eso iba a ser importante.



En la granja vivía con otros pacifistas, todos tratando de olvidar la guerra, pero sin llegar nunca a conseguirlo. Leíamos poesía, hacíamos música y obras de teatro, pero cuando charlábamos, era sobre la guerra. Y allí estaba la radio para recordarnos sin cesar el mundo real de ahí fuera. La derrota flotaba en el ambiente. Estaba Dunkerque, la amenaza de una inminente invasión, los bombardeos alemanes —el Blitz— sobre Londres, sobre Coventry, sobre ciudades por todo el país. Hitler se mostraba triunfal en todas partes: Francia, Noruega, África. Y aun así, me convencí de que el mundo entraría en razón, de que podría conseguirse la paz de alguna manera, de que yo había estado en lo cierto desde el principio.

Por casualidad, estaba de vuelta en casa de papá y mamá en Radlett, en una de mis escasas visitas, ni siquiera recuerdo el motivo. Sonó el teléfono durante el desayuno. Lo cogió papá. Mamá y yo seguimos charlando durante un rato, entonces nos dimos cuenta de que papá no decía nada y vimos cómo se le hundían los hombros mientras escuchaba. Colgó y se dio la vuelta para mirarnos. «Pieter ha muerto. Era el oficial al mando de su escuadrón en Cornualles. Su avión se ha estrellado».

Más adelante nos contaron que estabas en una incursión aérea sobre la Francia ocupada, y que el fuego antiaéreo alcanzó tu avión. El piloto estaba muy malherido, así que trataste de traer el avión de vuelta a casa sobre el Canal. Llegaste a la costa de Cornualles, le dijiste al resto de la tripulación que saltara e intentaste aterrizar. Pero eras un sargento navegante, no un piloto. Jamás habías pilotado un avión. Te estrellaste. El piloto murió. Tú moriste.

En aquel momento no lo supe, Pieter, pero aquella llamada de teléfono, que tú murieras tan joven, a los veintiuno, marcó una nueva trayectoria en mi vida. Con tu muerte, ganaste la discusión. No sabía muy bien cómo, pero tenía que dejar a un lado mi pacifismo y unirme a la lucha, sumarme al combate contra quienes te habían matado.



Quisiste alcanzar las estrellas, Pieter. Veo la Osa Mayor desde mi ventana. Siempre fue la que más te gustó. Estás allí arriba, en alguna parte, Pieter, subido al carro de la Osa y mirándome de vez en cuando, aquí abajo, cuidando de mí. Siempre has estado cuidando de mí, desde entonces.



## DEJA YA DE COMER REPOLLO

La maldita campana de la iglesia me ha tenido despierto, agitado y dando vueltas durante muchas más noches de las que me molesto en recordar, pero esta noche la necesito. Tengo que mantenerme despierto, y siento que me llega el sueño. Los quiero a todos aquí conmigo, no para celebrarlo —ya se ha terminado la fiesta, tanto comer y beber, las charlas y las risas, todos esos discursos y las canciones—, sino para recordar, aunque a veces resulte doloroso. He vivido largos años de alegrías y de penas, quizá en igual medida. Debo recordar con toda la claridad que pueda, sin evitar nunca las dificultades, la tristeza y el remordimiento. Nan siempre me impedía regodearme en eso, decía que no le hacía ningún bien a nadie, que lo hecho, hecho está. Siempre tan pragmática, mi Nancy. Qué duro ha sido seguir adelante sin ella.



¿Nan? Espero que me estés oyendo. A veces me da por pensar que ahora hablo contigo más que cuando estabas aquí dispuesta a charlar.

¡Ay, Nan, lo que tú hiciste por mí! Te quedaste, me aguantaste, tiraste de los dos en los malos tiempos, también en los buenos. Me dejaste salir al galope, saltar obstáculos, tiraste de mis riendas cuando lo necesitaba, me diste de comer, de beber, mantuviste mi establo limpio y reluciente, me susurraste al oído, me perdonaste mi mala conducta —que fue mucha—, me regañaste pero nunca me gritaste, me acicalaste, me cuidaste, nos mantuviste unidos. Y soportaste mis silencios. Absolutamente nadie, habría hecho lo mismo.

Aunque no siempre fui tan silencioso, si lo recuerdas. No estaba en silencio la primera vez que me viste, ¿verdad? Estaba en la bañera de latón enfrente de la cocina en la casa de la granja. Había estado quitándole la mugre a los cerdos. Me estaba lavando para librarme de su olor, cantando a voz en grito para que todo el mundo supiera que estaba en la bañera y no entrasen. Estaba recostado, en la medida en que uno podía recostarse en aquellas viejas bañeras de latón, con los brazos y las piernas colgando por fuera, entonces entraste sin llamar, irrumpiste por las buenas.



—¡Que estoy en la bañera! —grité.

—Eso ya lo veo —dijiste con tu acento escocés. Entonces me viste los pies—. Ya sé quién eres. Eres ese chico alto del que todo el mundo habla por aquí. Te llaman Pies Grandes. Y razón tienen. — Y te echaste a reír—. Yo soy Nancy —dijiste—. Nan para los amigos.

Eso fue todo. Allí, sentado en la bañera, pensé para mis adentros: esta es con la que quiero estar, con quien quiero tener hijos, despertarme a su lado. Me lanzaste una toalla, yo me levanté y salí de la bañera cubriéndome lo mejor que pude, y tú te tapaste los ojos con las manos y miraste entre los dedos.

—¿Cómo has crecido tanto? —me preguntaste.

—Repollo —te respondí.

—Bueno, pues deja ya de comer repollo —me dijiste, y te marchaste riéndote.

Me encantaba aquella risa. Me encantabas tú.

Me puse como loco de contento cuando me enteré de que habías venido a quedarte una temporada. Eras pariente de los Broadbent, la familia de granjeros y compañeros pacifistas que a aquellas alturas ya eran mis grandes amigos. Aquella noche, nos sentamos todos juntos alrededor de la mesa, a la luz del farol, disfrutando de la amistad común. Después de la cena, Nan, tú y yo nos acomodamos junto a la estufa y charlamos hasta el amanecer.

¿Pasaron días, o fueron semanas? ¿Me lo pediste tú a mí, te lo pedí yo a ti? No importa. No me acuerdo. Pasó un mes o dos y nos casamos, en secreto, algo que mamá jamás nos perdonó. Cuánto me alegro de que llegaras a conocer a Pieter, de que él pudiera ser el padrino de nuestra boda. El mejor padrino, y el mejor de los hombres, también. No tardó en venir de camino un bebé. Qué maravilloso fue aquello con los tiempos que corrían. En medio de tanta muerte y tanta destrucción, tanta tristeza, nosotros creábamos una nueva vida. Y donde surgía una nueva vida, habría una nueva esperanza.



Sin embargo, la guerra no estaba dispuesta a dejarnos en paz. Familias, hogares y ciudades enteras quedaban destruidos por doquier, Hitler invadía Rusia, sus ejércitos siempre victoriosos. Los japoneses habían bombardeado Pearl Harbour. Todo el mundo estaba ya en guerra. Y si se perdía, el enemigo cruzaría el Canal, ocuparía nuestros pueblos y ciudades como habían hecho en Francia y en Bélgica, como habían hecho en todas partes, llevándose lo que querían y quemando lo que no querían. Montarían sus campos de concentración aquí, en Lincolnshire, en Hertfordshire, donde les diese la gana.

Sentados a la mesa de nuestra cocina en la cena clamábamos contra la tiranía. Hablábamos sobre la lucha por la libertad y los derechos, y aun así seguíamos aferrados a nuestra creencia de que poner fin a la vida de otro ser humano estaba mal, que solo debíamos combatir con palabras, con la enseñanza, nunca con el odio en el corazón. Pero yo hablaba cada vez menos en aquellas discusiones, y tú sabías por qué, Nan.

Ya desde la muerte de Pieter me vi inmerso en una guerra conmigo mismo, tiraba hacia un lado y después hacia el otro. Combatir o no combatir. Entonces cayó aquella bomba en una granja cercana y mató a la familia Crosby, todos ellos buenas

personas, gente del campo que nos ayudaba con la cosecha, que nos había ayudado a arreglar el tractor. Algún bombardero alemán de vuelta a casa había soltado las bombas que llevaba, quizá porque fuera más seguro volar de regreso sin ellas. Quizá no fuera intencionado, pero el resultado fue el mismo. Qué pequeño era uno de los ataúdes. Vi al anciano señor Crosby, el abuelo, cargando con él al entrar en la iglesia detrás de otros tres más grandes. Había perdido a toda su familia. No estaba llorando, sino que tenía la mirada fija al frente. Y no cargaba con el ataúd, estaba acunándolo.



Unos pocos días después diste a luz a la pequeña Niki, y yo me vi paseándola en brazos arriba y abajo por la habitación, acunándola, tarareándole algo, intentando tranquilizarla. Tú dormías, agotada. Niki me miró a los ojos, y sentí cómo sus dedos se cerraban alrededor de mi pulgar y me agarraban. Fueron ellos — Pieter, la pequeña Besie Crosby en su ataúd y Niki en mis brazos— quienes, entre todos, no me dejaron elección. Tenía que alistarme, tenía que desempeñar mi papel en la lucha. Ya no podía seguir dejando que fueran otros los que combatieran y murieran por mí.

Pensaba que tendría que convencerte de que estaba haciendo lo correcto, pero cuando te conté que había tomado la decisión de alistarme, te limitaste a decir: «Debes ir y hacer lo que debas, Francis, pero no esperes que me guste. Y no hagas que te maten,

¿me oyes? Pase lo que pase, cuando todo haya terminado y hayamos ganado la guerra, Niki y yo te estaremos esperando, entonces podremos continuar donde lo dejamos, ¿verdad?».



El día después de haberme decidido por fin, Harry vino de visita, de forma totalmente inesperada. Te acuerdas de él, ¿verdad, Nan? Mi mentor, maestro y buen amigo del colegio en el que estuve dando clase, un alma gemela y un colega pacifista. Nos fuimos a dar un largo paseo por la granja. Le conté que había decidido alistarme, que no estaba abandonando mi pacifismo, sino dejándolo a un lado por un tiempo por pura necesidad. Le dije que seguía odiando la idea de matar. Deseaba encontrar la manera de librar mi propia guerra, tal y como yo quería, donde supiese que conseguiría cambiar las cosas.

Harry no dijo mucho mientras me escuchaba irme por las ramas. Después, con una intensa mirada, me hizo una pregunta: «Hablas francés, ¿no?», y él mismo la respondió por mí. «Con una especie de acento tirando a belga, si no recuerdo mal, pero no será un problema. Todo cuanto puedo hacer, Francis —prosiguió—, es ponerte en contacto con un amigo mío de Londres. Creo que él podría ayudarte a encontrar lo que estás buscando. Solo te digo que podrías cambiar las cosas, ser de gran ayuda en el esfuerzo bélico. Eso sí, Francis, no debes decirle nada a nadie sobre nuestra conversación de hoy».



Nan, cuando te conté esa misma tarde que tal vez me tuviese que marchar pronto a Londres, para alistarme, no cometiste el error de preguntarme por mis motivos ni razones. No podía contarte nada, y tú no preguntaste. Así comenzaron los largos silencios entre nosotros, Nan, unos silencios que se alargaron de forma intermitente durante la guerra. Creo que después nos pasamos el resto de nuestra vida sanando aquellos silencios, ¿verdad? Y fuiste tú quien hizo la mayor parte de ese trabajo. Ese era tu gran talento, Nan: la reconciliación, la generosidad. Nunca en mi vida conocí jamás a nadie más generoso.



# EL BARRO Y LA LOCURA

Las tres de la mañana. Esa campana de la iglesia no tañe, sino que da golpes metálicos y sordos. Poco después de que nos mudáramos a vivir al pueblo, hace quince años, le dije al cura que debían repararla, y él me contó por qué tenía que quedarse como estaba, que la iglesia sufrió daños durante la guerra cuando el obús de un tanque alcanzó la torre, y la campana cayó al suelo. No tenían dinero para arreglarla, solo para reconstruir la torre y volver a colocar la campana, rajada como estaba. Aquella campana debía servirnos a todos de recordatorio, me dijo, de que la vida sigue, de lo agradecidos que debíamos sentirnos por disfrutar de la paz. Recién llegado al pueblo como estaba por entonces, no le llevé la contraria. Es más, coincidí con él. Aunque hay veces que, en plena noche, como ahora mismo, no necesito que me recuerden nada, la verdad.

Cuando estaba dando clase en aquel colegio con Harry, él siempre me convencía de que participase en actividades extraescolares de todo tipo: obras de teatro, escalada, el coro, navegar a vela y tocar las campanas. Me decía que esa era la forma de llegar a conocer mejor a los niños, y no en el aula. Tenía razón. A Harry le encantaba tocar las campanas. A mí no, pero sí me gustaba el sonido del repique de las seis campanas de la iglesia cuando a él le salía bien. Aquí, en Le Pouget, solo hay una campana, y hace un ruido metálico y sordo.



¿Has oído cantar a esos niños en la fiesta, Harry? ¿No ha sido maravilloso? Yo diría que te habría llevado de vuelta a nuestros días en la enseñanza. A mí sí, desde luego. No es que te esté culpando a ti exactamente, pero sí es por ti, Harry, que yo esté aquí tumbado, con noventa años y achacoso, en la cama en un pueblecito de la Francia más profunda y escuchando el sonido de una puñetera campana. Al fin y al cabo, fuiste tú quien me convenció de que me marchase a Londres a conocer a tu misterioso amigo, ¿no?

Tenía que ir a ver a un tal señor Jepson para una entrevista en un hotel, cerca de la plaza de Portman Square, creo. Aún no sabía para qué iban a entrevistarme.

Resultó ser más una conversación que una entrevista. El señor Jepson me confirmó que yo venía muy recomendado —sin duda por ti, Harry—, que era bueno que supiese hablar un francés de buen nivel, pero que, sin embargo, mi estatura era una desventaja. Parecía estar en forma y ser fuerte, lo cual sería importante, pero no me contó para qué. Discutimos mi pacifismo y mi cambio de ánimo al respecto, algo que, según me dijo, le resultaba extraño y de lo más interesante. Me dio la sensación de que me estaba tanteando para descubrir mis motivaciones, así que se lo conté.

Haría lo que fuese con tal de ver Bélgica, Francia y el mundo entero libres de la tiranía de los nazis. Me lanzó una mirada por encima de las gafas, me estudió, me evaluó antes de contarme que, si me seleccionaban, tendría por delante unos meses de duro entrenamiento, que no debía contarle a nadie nada sobre aquella reunión, ni siquiera a mi familia; que era un trabajo secreto. Eso fue

todo cuanto me dijo aparte de que pensaba que yo daba el tipo y que valdría para el puesto. Habíamos acabado en apenas cuarenta y cinco minutos. Cuando volví a poner el pie en la calle, ya no era un maestro de escuela ni un granjero, sino un oficial del Ejército: el alférez Francis Cammaerts.



Te seré sincero, Harry: hubo veces durante mi formación en las que te maldije en voz alta por haberme metido en lo que fuese aquello para lo que me estaba entrenando. Era como si me pasase la mayor parte del tiempo arrastrándome por el barro o entre los matorrales, en todo tipo de condiciones climatológicas, escalando cuerdas en unas pistas americanas interminables, subiendo pendientes con mucha dificultad y bajándolas después, vadeando ríos rápidos, pasando la noche en casonas desvencijadas con, quizá, otra docena de hombres, en constante observación y sin que ninguno de nosotros supiese aún nada sobre la razón de aquello.



En fin, no sé cómo pero conseguí pasar el primer curso, y me enviaron al siguiente sin oportunidad de ir a casa ni de ver a Nan ni a Niki salvo por una visita demasiado breve. Hacíamos una marcha detrás de otra, unas caminatas interminables por el campo, esta vez en el norte, en los páramos de Escocia. Nos hacían llevar troncos de aquí para allá, y me refiero a unos troncos enormes, pesados, de esos que te desloman. Y luego, una o dos horas después, estábamos aprendiendo a falsificar firmas, a sacar una carta del sobre sin abrirlo y a volver a meterla dentro sin dejar el menor rastro de lo que habíamos hecho.



Aprendimos sobre emisoras de radio y sobre códigos —eso siempre se me daba bien, mucho mejor que la pista americana—, también era importante leer los mapas, memorizarlos y llevarlos en la cabeza para poder movernos por el campo sin papeles ni brújulas, de día o de noche.

Aprendimos técnicas de combate sin armas, una especie de jiu-jitsu o de kárate. También nos enseñaron a desmontar armas de fuego de toda clase —ametralladoras tipo Sten y tipo Bren— con los ojos vendados, y a volver a montarlas después. Y había montones de explosivos ruidosos, granadas, bombas trampa y cosas así. Aguanté clases interminables sobre el reconocimiento de los uniformes: el ejército alemán, las SS, la policía francesa. El entrenamiento fue concienzudo y agotador. Además me despertaban a veces por la noche y me sacaban a rastras para llevarme escaleras abajo hasta un cuarto oscuro, me ponían una luz cegadora en la cara y me interrogaban. Sabía que se trataba de un juego, por supuesto: no es que fueran unos interrogadores muy convincentes, pensaba yo. Aprendí a jugar a aquello, a ceñirme a la historia que tenía preparada de antemano pasara lo que pasase.

A esas alturas ya me imaginaba el tipo de guerra en que me vería implicado, claro está; suponía que tanto entrenamiento y tanto simulacro de combate significaban que antes o después me hallaría en territorio ocupado por los alemanes. Creo que todos lo sabíamos, pero no hablábamos de ello. El secreto lo era todo. El silencio lo era todo. Tú ya sabes cómo era, Harry. Tú pasaste por el mismo entrenamiento en algún otro lugar, ¿verdad que sí? Pero nunca dijiste nada sobre ello. Ni una sola palabra.



¿Pasaste tú por ese momento, Harry, en que por fin se termina el entrenamiento de una vez por todas y te cuentan para qué ha sido todo, adónde te van a enviar? ¿Te miraste tú alguna vez en el espejo al afeitarte, igual que yo, y lo susurraste?: «Eres un agente secreto. Un agente secreto. ¿Cómo puedes estar haciendo esto, tú, un pacifista? ¿Cómo puede ser esto algo bueno? Ya sé cómo matar a un hombre con un cuchillo, con una pistola, con mis propias manos. ¿Lo haré? ¿Debería hacerlo?». Las dudas no se disiparon, a pesar de Pieter, a pesar de la decisión que había tomado.

Coincidiste con mi hermano Pieter una o dos veces, ¿no fue así, Harry? Era actor, como recordarás, y un magnífico actor, a que sí? Una vez viniste conmigo a verle, a Stratford. Cuando me miré en aquel espejo, supe que así era justo como se debía de sentir Pieter antes de salir al escenario en la primera noche de una representación. Él estaba interpretando un papel. Era su trabajo. Ahora era el mío. Lo haría tal y como le había visto hacerlo a él. No actuaría. Viviría el papel, me convertiría en el papel, me convertiría en agente secreto y dejaría atrás el resto de lo que era —hijo, hermano, marido, padre, pacifista, maestro de escuela—, lo dejaría todo atrás.

Lo peor era que apenas veía a Nan. Nos llamábamos por teléfono, hablábamos, pero nada de eso hacía que la separación fuese más fácil. Yo vivía ahora en un mundo distinto, un mundo secreto. Era un silencio cruel, Harry, para los dos. Ni siquiera pude despedirme de ella, no como es debido. No despedirme de Niki fue

más fácil, en cierto sentido. Con un abrazo bastó, un abrazo en silencio que lo fue todo para mí.

Y me marché al aeródromo de Tangmere, en West Sussex, para una última revista, un último paseo por suelo inglés ante el avión que me aguardaba en la oscuridad, y luego me subí a bordo de un Lysander que olía fatal y despegué hacia Francia. Pensé en ti cuando estaba sentado en el avión, Harry, porque sabía que era probable que tú estuvieses haciendo exactamente lo mismo en algún otro lugar. Entonces me juré que volvería a dar clase cuando todo esto hubiese acabado, igual que sabía que harías tú. Mientras tanto, allá en la oscuridad por debajo de mí había un enemigo al que derrotar. Un enemigo muy listo, un enemigo despiadado.



El avión me llevó al interior de la Francia ocupada. Aterrizó con muchos botes, según recuerdo, en unos campos cerca de Compiègne. Sin apagar los motores, me lanzaron fuera del avión al repentino frío de una noche de marzo con luces y voces de bienvenida a mi alrededor. Hubo muchos apretones de manos y muchas palmadas en la espalda, y todo el mundo empezó a llamarme Roger. Mi nuevo nombre, mi único nombre ahora. Al tiempo que me dejaba a mí allí, el Lysander recogía a otros dos agentes. Uno de ellos me dio una voz y me dijo: «Buena suerte, y asegúrate de llevar siempre contigo un periódico. ¡El papel higiénico es bastante escaso en Francia en estos tiempos!». Qué curioso, las cosas que recordamos.

Y el avión despegó, de vuelta a casa, de regreso hacia Nan y Niki. Elevé la mirada a la luna, les envié mi amor a las dos y me marché con el grupo que me había recogido, ya como Roger. Solo tenía una cosa en mente: mi misión, viajar al sudeste y ayudar a proveer a los combatientes de la Resistencia, a suministrarles las armas que necesitaban y a trabajar con ellos, y a preparar los desembarcos que tendrían lugar en la costa sur.

Me di cuenta de que estaba en un lío ya desde el principio. En la Francia ocupada había toque de queda por las noches, y allí estaba yo, metido en un coche lleno de miembros de la Resistencia francesa que me llevaba a París. Cogieron mi revólver y lo tiraron al río, por si acaso nos paraban, me dijeron.



Esperaba encontrarme con un control alemán a la vuelta de cada recodo. Déjame que te diga, Harry, que ya tenía visiones en las que me atrapaban y me fusilaban menos de veinticuatro horas después de haber aterrizado. Una locura. No sé cómo, pero logramos pasar.

Las cosas no mejoraron mucho. Tenían para mí en París un apartamento de un tal *monsieur* Marzac que, igual que el resto de los que iban en el coche, era amable, hospitalario y rebosaba confianza... un exceso de confianza, pensaba yo. Aquel apartamento era como una trampa, así que me pasé el siguiente día fuera de allí, paseando sin más por las calles del París ocupado,

echando un vistazo a las librerías, sentado en los cafés, leyendo el periódico y acostumbrándome a ver soldados alemanes paseando por los parques.

Eso fue lo más impactante para mí, Harry, verlos allí como si aquello fuese suyo, disfrutándolo, ocupándolo. Entonces supe que estaba haciendo justo lo que tenía que hacer. Se suponía que debía volver al apartamento para encontrarme con *monsieur* Marzac, o si no, vernos en un café cercano. Nunca apareció por ninguno de los dos sitios. Supe que algo había salido mal, por eso decidí marcharme de París, y marcharme rápido. Ahora estaba solo. Fui andando hasta la estación de tren de Lyon y cogí el siguiente tren en dirección al sur.



Ya tenía mi historia preparada, tal y como me habían entrenado. Debía ser una historia sencilla, lo más cercana posible a algo cierto con lo que estuvieras familiarizado. Ya conoces la rutina, Harry. Era un maestro de escuela que iba a visitar a su familia en el sur, y estaba recuperándome de una ictericia: había tenido ictericia, y lo sabía todo sobre ella. También tuve que hacer uso de mi historia cuando me interrogó un policía francés en la estación. ¡Funcionó! Menuda euforia me entró cuando me acomodé en el asiento de aquel tren. Me sentí como un niño que le hubiese contado una mentira a un profesor y se hubiera salido con la suya.

Sabía a qué pueblo del sur tenía que ir —ahora mismo se me escapa el nombre—, donde debía encontrarme con mis compañeros agentes y con la Resistencia, un pueblo donde existía un piso

franco. Supuestamente. Era un alivio verme de nuevo entre amigos de confianza a quienes había conocido durante mi instrucción. Auguste Floiras, el operador de radio, era el más valiente de entre los valientes. Las noticias que llegaban de París no podían ser peores. Habían capturado a Marzac y a varias decenas de personas. Estaba en manos de la Gestapo. Debía de haber infiltrados en todo el grupo. Alguien había hablado, o era el trabajo de algún agente doble.

Un día o dos después llegó una carta de Marzac, encarcelado, en la que nos presentaba a un oficial alemán que quería que lo llevaran en avión a Londres para mantener «conversaciones». Era un truco de lo más obvio, ¡pero se lo creyeron! Ni siquiera después de todos estos años soy capaz de entender por qué se lo creyeron. Les dije que teníamos que marcharnos, que habrían descubierto el piso franco en el que estábamos metidos, que nos estarían vigilando, que la Gestapo podía hacer una redada en cualquier momento. Nadie me hizo caso. Me marché de allí. En cuestión de días, la Gestapo los había capturado a todos. Algunos acabaron en campos de concentración, a otros los fusilaron.



La situación parecía desesperada. Habían hecho prisioneros a todos mis contactos excepto a uno. Solo seguía en libertad Auguste Floiras, «Albert» para todos nosotros por aquel entonces. Era el

operador de radio del grupo de la Resistencia y, tal y como iba a descubrir, el mejor operador de radio del mundo. Se había unido al movimiento de la Resistencia en el momento en que los alemanes invadieron Francia. Tenía el acento y el aspecto del campesino francés que era, y no tardó en contar con buenas razones para detestar a los nazis. Se habían llevado a su mujer y a su hija y las habían enviado a un campo de concentración. Sin Auguste, yo habría estado completamente perdido. Él conocía gente, gente en la que de verdad podía confiar. Y, como yo bien sabía ya por aquel entonces, la confianza lo era todo.

Tendrías que haber conocido a Auguste, Harry. Un gran hombre, humilde, inteligente y audaz. Ser operador de radio, como tú sabes, era el trabajo más peligroso en la Resistencia. Los capturaban con mucha frecuencia y, cuando lo hacían, los fusilaban. No a Auguste. Él era más listo que los alemanes, más inteligente que ellos, más astuto. Tú me metiste en el oficio, Harry; Auguste me enseñó cómo hacerlo, cómo ir siempre por delante y seguir vivo. Ambos sois para mí grandes amigos, mis viejos camaradas, mis hermanos.



## **ROGER. TERRORISTA. DOS MILLONES DE FRANCOS**

Allá donde podíamos, nos poníamos en contacto con amigos de Auguste. Dormíamos en cobertizos y establos, en refugios de montaña, también al raso, bajo unos setos, cuando no quedaba más remedio. En ocasiones, sin embargo, nos veíamos en algún pueblo como este, en una casa como esta, en un cuarto como este. Miraba a través de las persianas y veía a los soldados alemanes que patrullaban por la calle, o a la temida Milicia, la policía nazi francesa. Eran los peores de entre los peores, los más odiados y los más peligrosos, me contó Auguste; franceses que se habían unido a las fuerzas de ocupación y habían traicionado a las suyas propias. Eran habitantes locales, conocían a todo el mundo, conocían el terreno, tenían ojos en todas partes.

Ya desde el primer momento, Auguste me enseñó que si querías mantenerte a salvo debías estar en movimiento, no quedarte nunca más de un par de noches en el mismo sitio. Esto era todavía más importante, me contó, para quienes nos estaban ocultando. Si nos descubrían a nosotros, también los descubrían a ellos. El castigo por darnos un techo sería morir fusilados.

Auguste y yo creamos unos pequeños grupos aislados de combatientes de la Resistencia a partir de sus amigos y de los amigos de estos, células de no más de tres o cuatro personas. Solo conocían a los demás miembros del propio grupo, de manera que si los capturaban y los torturaban, no podrían traicionar a nadie más. Ningún grupo sabía nunca lo que estaban planeando los demás.

Solo nosotros lo sabíamos, Auguste y yo. Jamás se utilizaban nombres que no fueran en clave, así que nosotros siempre éramos Roger y Albert para todo el mundo, y nadie sabía quiénes éramos ni dónde estábamos.

En unos pocos meses nos convertimos en un pequeño ejército de miles de hermanos y hermanas, la mayoría desconocidos entre sí. Nada se dejaba por escrito a no ser que fuera a destruirse de inmediato. Se cometieron errores, la gente se volvió descuidada, y nos costó vidas. Pero en todos los triunfos y los desastres, Auguste estuvo a mi lado cuidando de mí, de todos nosotros.

Noventa años tengo. Sin Auguste no habría llegado a los treinta.



Ahí está de nuevo ese búho, ululando ante mi ventana. Auguste conocía bien a sus aves, sus cantos y sus llamadas, sus hábitos y lugares preferidos. Las palomas eran sus favoritas, las mejores para enviar mensajes: mucho más seguro que llevar una radio a cuestas. El problema, según me contaba él, era que no volaban lo bastante rápido.

¿Oyes ese búho, Auguste? Un autillo, ¿estoy en lo cierto? No es como el uuu-uuu que hacen los cárabos o los chillidos de las lechuzas. Este es un búho francés, y ulula en francés. Siempre conociste a tus aves mejor que yo. Creciste como un chico de campo, de granja. La campiña era para ti un libro abierto y conocido, sabías moverte de forma instintiva para no ser visto, con todas y

cada una de las fibras de tu cuerpo en alerta ante el peligro. Eras una criatura de los bosques y los campos, y lo único que tenía que hacer yo cuando estaba contigo era seguirte, y sabía que estaría a salvo.

¿Sabes cómo te veo yo siempre, Auguste? Estás sentado junto a la ventana de un dormitorio igual que este, con los auriculares puestos, con tu pequeño aparato inalámbrico metido en su maletín de transporte, abierto en la mesa que tienes delante de ti, y estás enviando un mensaje, girando los diales, escuchando, escribiendo con tu grueso lápiz. Y esos mensajes que enviabas a Londres, a Argel, para acordar los lugares y horarios de los lanzamientos aéreos que nos traían las armas, la munición, el dinero, los suministros que necesitábamos para resistir, para seguir luchando.



Pero nunca era suficiente, por mucha que fuese la frecuencia con la que enviábamos mensajes diciendo que necesitábamos más. La verdad es que no creo que llegasen nunca a entender la cantidad de combatientes a los que teníamos que mantener ahí arriba, en las montañas. Diez mil o más hacia el final, ¿no? Necesitaban comida, ropa, tiendas, mantas. Allí estabas tú, porque eras tú el que enviaba

los mensajes, Auguste, así que tienes que saberlo. Y cada vez que enviabas un mensaje arriesgabas la vida. Los alemanes estaban ahí fuera, atentos, acercándose a ti cada vez más.

Todavía me enfurece, aunque tú siempre me decías que ellos tenían otras cosas en la cabeza, como la liberación de Europa o aquellos desembarcos que todo el mundo esperaba en Francia como agua de mayo. Qué razonable eras siempre, Auguste, qué tranquilo. Y cómo me enfadaba yo.

Mi trabajo, tu trabajo, era desestabilizar y destruir al enemigo, matarlo, frustrarlo y causarle molestias.

Volamos puentes y líneas ferroviarias, una plataforma giratoria en las cocheras de una estación, cortábamos las comunicaciones siempre que podíamos, y dejábamos fuera de servicio centrales como aquella planta hidroeléctrica en el río Duranza, ¿te acuerdas?



Obstruíamos caminos con árboles caídos o con rocas, tendíamos emboscadas a los camiones y a las patrullas alemanas, les echábamos arena en los depósitos de gasolina. Pero las represalias eran terribles. En venganza, exterminaron a pueblos enteros, por odio. ¿Te acuerdas de Oradour-sur-Glane? ¿Cuántos fueron, 642 muertos, quemados vivos, masacrados? Ejecutaban a diez civiles por cada soldado alemán al que nosotros matábamos. Pero cuantos más mataban de los nuestros, más convencidos estábamos de que teníamos que librarnos de ellos. Cuanto más ansiábamos nuestra libertad, más decididos estábamos a luchar por ella. Y no había nadie con una determinación más fiera que tú. Aquella gente estaba en tu país, eran una fuerza de ocupación cruel

y brutal, y tú ibas a echarlos de allí. Tú fuiste delante, y nosotros te seguimos.

A menudo me quedo aquí tumbado y me pregunto si al final merecieron la pena todas aquellas vidas no vividas, Auguste, todo aquel dolor. Ya sé lo que me dirías, porque te recuerdo diciéndomelo. «Para vencer, para liberar Francia, tenemos que ser tan despiadados como ellos, y serlo de manera más astuta». Y también fuimos astutos. Siempre íbamos un paso por delante de ellos.

La Gestapo se enteró de quién eras tú, y también de quién era yo. Le pusieron precio a tu cabeza y se lo pusieron también a la mía: dos millones de francos por cada una. En una ocasión vi un cartel con mi cara. No me parecía en absoluto. ¡Qué tipo tan feo! «Roger. Terrorista. Dos millones de francos». Y en dos años nadie nos traicionó jamás a ninguno de los dos. Una vez me contaste que, con una cantidad de dinero como esa, ¡te podías vender tú mismo y comprar el vino suficiente para mantener feliz a todo tu pueblo durante toda la vida!



¡Y cuánto caminamos, Auguste, por Dios! Miles de kilómetros. Íbamos de grupo en grupo, nosotros dos juntos, organizando,

alentando, prometiendo esto y aquello —armas, munición, comida, dinero—; tú enviabas mis mensajes a Londres para disponer más lanzamientos aéreos para la Resistencia allá donde eran necesarios, planeando más operaciones, y, mientras tanto, entrenábamos a más combatientes.



Utilizábamos los caminos lo menos posible. Lo mejor era ir campo a través para evitar los controles y los desplazamientos de los soldados alemanes. Bordear las poblaciones siempre era más seguro, ascender pendientes, vadear ríos, subir montañas ayudándonos con las manos y volver a bajar igual. Yo iba siempre tropezándome al intentar seguir tu ritmo. Cantábamos para mantener el ánimo, ¿te acuerdas? Yo te enseñaba canciones en inglés, tú me las enseñabas en francés. Nunca te lo dije, Auguste, pero desafinabas que era un horror.

A veces íbamos en bicicleta, si no había más remedio. Cubríamos las distancias mucho más rápido de esa manera, pero era arriesgado. Los alemanes que nos daban el alto en los controles de carretera no eran en general tan malos, soldados mayores, sobre todo, que cumplían con su servicio y deseaban una vida tranquila. Pero evitábamos a la Milicia siempre que podíamos.



Jamás habría conseguido que me dejaran pasar sin ti. Tenías todo el aspecto de un campesino francés de camino al pueblo siguiente. Yo siempre me sentí como un inglés larguirucho, un maestro de escuela de las afueras de Londres, pero debí de interpretar suficientemente bien mi papel, con un aspecto de total indiferencia y aburrimiento cuando me registraban, tenía una historia convincente que contar, y mi documentación falsificada siempre estaba en regla. Le debo la vida una y mil veces a quien fuera que hubiese falsificado aquellos papeles en Londres.

Y me enseñaste aquel truco que tenías tú, Auguste, ¿te acuerdas? No fallaba nunca. Muérdete el labio en cuanto los veas y hazte un poquito de sangre. Luego, tose un poco al acercarte a ellos, y tose más cuando les muestres tu documentación. Te verán la sangre en los labios. Tuberculosis. Contagioso. Funcionó, una y otra vez. Enseguida me hacían gestos para que pasase. Aprendí a congelarme por dentro, como si yo mismo me anestesiará cuando me interrogaban y me registraban. Utilizaba el odio como ayuda para que se desvaneciera el miedo. Eso también fue idea tuya. Un poquito de sangre en los labios y un odio controlado en el corazón.

Yo nunca fui valiente, Auguste, como tú me decías que era, como han supuesto los demás. Yo solo sabía que tenía que aprender a no sentir miedo, o se me notaría y me delataría. Nunca fui valiente como esas familias de campesinos que cuidaban de

nosotros, que nos daban de comer y nos cobijaban. Sabían lo que les pasaría si los capturaban. A menudo pienso en ellos... aún mantengo relación con unos pocos.

No hace falta que te lo cuente, Auguste, después de lo que le pasó a tu mujer y a tu hija, las pobres, pero las mujeres eran las más valientes de entre los valientes: las abuelas, madres, tías y hermanas. Estaban con nosotros en lo alto de las montañas, esperando al primer sonido del avión que llegaba para hacer un lanzamiento a la luz de la luna, con las mismas ansias que nosotros por oírlo llegar, por verlo llegar, con el corazón lleno de esperanza y de emoción cuando se abrían los paracaídas. Aquello era muy peligroso, y ellas lo sabían.



Eran ellas quienes nos ayudaban a abrir los contenedores y cargaban los explosivos, las armas y la munición en las mulas para bajarlo todo de la montaña.

Y eran ellas quienes lo escondían todo en sus casas, en sus granjas, y luego lo transportaban por la campiña, a veces a pie, en bicicleta, en un carro tirado por un caballo, debajo del heno, de las uvas, metido en las faldas, en cochecitos de niño, para los grupos de la Resistencia.

Y eran ellas las que les llevaban la comida a los hombres que estaban escondidos en los bosques y en las montañas, todo delante de las narices de los alemanes. Aquellas mujeres no recibieron

medallas. Son desconocidas, heroínas sin reconocimiento. Eso era verdadero valor. Sin ellas no habría habido Resistencia.



Tú estabas allí la primera vez que vino Christine, ¿no? Una noche cayó en las montañas como salida de la nada y entró en nuestras vidas. Tú me enseñaste a organizarme, a sobrevivir, Auguste. Christine me salvó la vida. No era ningún ángel, pero cantaba como si lo fuera, ¿lo recuerdas? ¡Además no desafinaba, Auguste!

## EN LA BOCA DEL LOBO

El ruiseñor está cantando otra vez: llevaba varias noches sin oírlo. Hace compañía al autillo, me la hace a mí. ¡Un dúo! Yo ya no puedo cantar. Bueno, sí puedo, pero a veces me sale la voz ronca, como la de un cuervo con la garganta irritada.



En aquellos días en que regresé a casa desde Francia, le cantaba mucho a Niki. Me llevaron en avión de vuelta a Inglaterra, principalmente, creo yo, para regañarme, porque mis mensajes a Londres no habían sido lo suficientemente corteses. Llevaba meses dándoles la lata para que nos enviaran más y mejores armas, munición, más explosivos y comida, pero los contenedores caían en el lugar incorrecto de las montañas con demasiada frecuencia, o los paracaídas no se abrían y las cajas se hacían añicos con el impacto. Me enfadé mucho en la reunión y les canté las cuarenta.

En un momento dado, di un puñetazo sobre la mesa. Un ejército necesita armas y comida, y tener la moral alta por encima de todo, les dije. El patriotismo no basta. El valor no basta. Prívalos de lo que necesitan y no podrán luchar, ni lucharán.

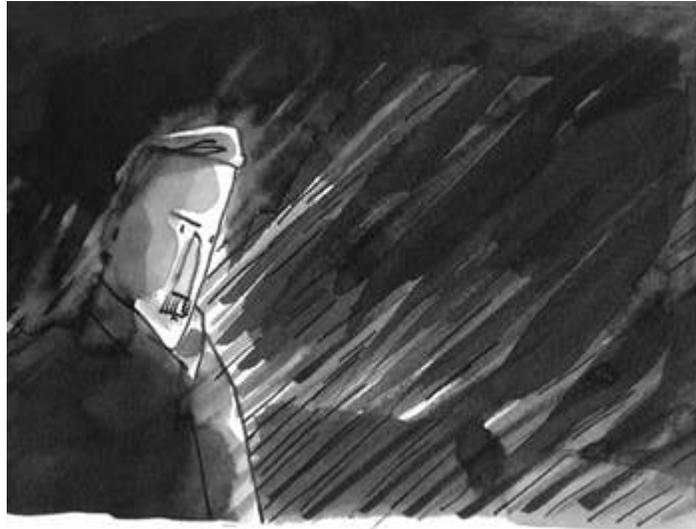
Y otra cosa más, les dije, ahora que me estaban escuchando. Necesitaba un mensajero, uno bueno, para que fuese mis ojos y mis oídos en medio de todo aquel ejército cada vez más numeroso de combatientes de la Resistencia. Lo ideal era una mujer, porque las mujeres despiertan menos sospechas. Además debía ser la mejor. Necesitaba a alguien en quien pudiese tener absoluta confianza. Me dijeron que verían qué podían hacer. No albergaba muchas esperanzas, ni por los suministros ni por la mensajera que tanto necesitaba, pero ya les había dicho lo que pensaba, y eso me hacía sentir mucho mejor.

Y, al menos, ahora que estaba en casa podía ver a Nan y a Niki. De nuevo fuimos una familia durante unos pocos días. Salimos juntos de tiendas, a pasear por el parque empujando el cochecito de Niki, a ver a los soldados y los marineros británicos por las calles, y a oír que en todas partes hablaban en inglés... Qué raro era todo. Otro mundo.



No podía contarle nada a Nan. Lo intentamos, pero el silencio era como un iceberg entre nosotros. Al terminar mi periodo de permiso, salí de la casa y eché la vista atrás para verlas a las dos diciéndome adiós en la ventana. Les dije adiós también y me marché, de regreso a mi otra vida, preguntándome si aquella sería

la última vez que las vería, si alguna vez llegaría a tener en mis brazos al bebé que ahora sabía que Nan estaba esperando.



Y casi no llego siquiera a pisar de nuevo la Francia ocupada. Nuestro avión se metió en un temporal de nieve sobre las montañas, y recuerdo que el piloto nos dijo que aquello no era nada bueno, que se daba la vuelta. Unos minutos después se incendió uno de los motores, y todos tuvimos que saltar. Caí en una gruesa capa de nieve y llamé a la puerta de la primera granja que encontré. Les dije que venía de Inglaterra, que estaba con la Resistencia. Un gran riesgo, pero era eso o morir congelado. Y aquella buena gente me acogió, cuidó de mí y me ayudó a llegar a mi destino.

Afortunado, sí señor. Siempre fui el hermano afortunado. Mi avión se estrella y sobrevivo. El avión de Pieter se estrella y él muere. A Pieter le gustaba mucho cantar «Sur Le Pont d'Avignon». No sé por qué me ha venido esto a la mente ahora mismo. Quizá se me haya metido la melodía en la cabeza. A toda la familia le encantaba esa canción. También a Christine.

Cuánto tiempo ha pasado, Christine. Pero no me olvido. Cuando te vi aquella primera vez —fue en Saint-Martin-en-Vercors, ¿verdad?—, estabas allí sentada en el escalón de aquella casita del pueblo en la que te quedaste, con tanta naturalidad, rodeada de amigos,

como si acabases de pasar de visita. «Pauline —me dijiste para presentarte y me estrechaste la mano—. Y ya sé quién eres tú, Roger. Es cierto lo que dicen: eres muy alto, como una jirafa».



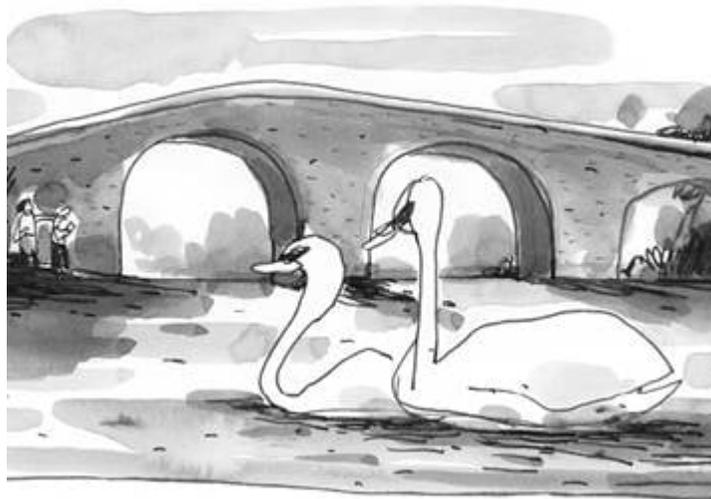
Te habías torcido el tobillo al caer en paracaídas, pero no dejaste que eso te preocupara. No dejabas que nada te preocupara. Con qué facilidad hacías amigos. Todo el que te conocía te cogía cariño —hombres, mujeres, niños, animales también—, confiaban en ti y te respetaban. Nunca estuve solo en eso de quererte. Londres acertó en algo, Christine. Pedí a la mejor y te enviaron a ti. Albert, Roger y Pauline, «los tres mosqueteros», nos llamabas tú.

Tú ya tenías más experiencia en esto que cualquiera de nosotros, ya habías combatido contra ellos por toda Europa. Igual que para Auguste y para mí, se trataba de una lucha personal. Había pasión en tu desprecio a los nazis. Habían invadido tu amada Polonia, habían sacado a tu familia de su casa y convertido tu país en un campo de concentración. No había nada que no estuvieras dispuesta a hacer, nada a lo que no te atrevieses, con tal de derrotarlos. Tu determinación a la hora de superar cualquier dificultad, cómo te negabas siempre a venirte abajo, tu risa, tu alegría... tú nos levantaste el ánimo a todos, nos diste nuevas energías.

Estuviste conmigo una y otra vez allá arriba, en las montañas, viendo, bajo la luz de la luna, cómo caían flotando los paracaídas

con nuestros suministros, una luz de esperanza todos y cada uno de ellos, me dijiste una vez. ¿Te acuerdas de cuando encontramos esos paquetes de comida con galletas y chocolate, y la nota que había metido alguien en Inglaterra al cerrar los contenedores? Nos la leíste a todos. «¡Vive la France! ¡Bravo! ¡Duro con ellos!».

Y allí estabas con Auguste y conmigo, celebrando los buenos momentos, como cuando Auguste me trajo el mensaje, estando junto a aquel puente con los dos cisnes que se deslizaban por debajo, aquel mensaje de Londres que yo había estado esperando con tanta ansiedad, que Nan había dado a luz, que teníamos otra hija, Jay. Que todo había ido bien.



Y allí estabas para aguantarme y apoyarme en los malos momentos; en el peor de los peores, cuando tuve que ejecutar a aquel joven, un traidor de la Milicia. Ya sé que tenía que hacerlo como oficial al mando, pero me sentí como si estuviese cometiendo un asesinato, y así me sigo sintiendo después de todos estos años. Pacifista y verdugo, difíciles e incompatibles compañeros. Pero tú nunca vacilaste, siempre me aseguraste que no tuve elección.

Y les dimos duro, a que sí, Christine? Fue idea tuya aquello de colarnos en las cocheras de las estaciones por la noche y cambiar las etiquetas de destino de los vagones de los trenes. Te encantaba sembrar la confusión, el caos. Les tirábamos abajo las líneas

telefónicas, les tendíamos emboscadas y desaparecíamos por la campiña como si fuéramos fantasmas. Tú sabías mejor que nadie que no debíamos enzarzarnos con ellos en una batalla campal. Eran muchos en la Resistencia quienes querían levantarse en armas. Tú y yo sabíamos lo que pasaría si lo hacíamos. Eran ellos los que tenían los soldados, las armas, los aviones, los tanques. Llegamos, les pegamos un picotazo como una avispa enfurecida —le decías a todo el mundo— y nos largamos zumbando.



Pero ni siquiera tú pudiste refrenar a nuestros valientes amigos. Qué ansias tenían de plantar batalla ante los alemanes. Demasiadas ansias. No puedes culparlos. Todos sabían que la liberación estaba cerca. Los aliados habían desembarcado en Normandía, y los americanos no tardarían en desembarcar en la costa sur. La libertad estaba ahí, al alcance de la mano. Habían pasado por todos aquellos años de humillación, habían visto cómo se pavoneaban por sus calles aquellos soldados a los que tanto detestaban, habían sido testigos de cómo se llevaban a familiares y a amigos y los ejecutaban. Su momento había llegado. ¿No habían esperado ya lo suficiente?



Y estaban todos convencidos de que el altiplano de Vercors, inaccesible en lo alto de las montañas, era el lugar perfecto para izar la bandera francesa y plantar batalla. Allí no había alemanes. Teníamos a tres mil combatientes ocultos arriba, en los bosques, y Vercors era como una fortaleza inexpugnable en las montañas, rodeado de profundos barrancos por todas partes.

Yo lo sabía, tú lo sabías y Auguste también sabía que no estábamos bien armados, no lo suficiente. Algunos teníamos tan solo unas viejas escopetas de caza, y menos de veinte balas cada uno. Nunca llegaron los antitanque, las armas y la munición que yo me pasé meses pidiendo y suplicando que nos lanzaran desde el aire. Sabíamos que no estábamos preparados. Los alemanes tenían tanques, cazas y bombarderos. Tenían planeadores y paracaidistas. Todo cuanto necesitaban. Nada de aquello le importaba ya a la Resistencia, nada que tú o yo pudiéramos decirles sirvió para cambiar nada. El mensaje había llegado desde Londres: es la hora. ¡Levantaos! Y eso hicieron.



Proclamaron la república libre de Vercors, y la bandera tricolor volvió a ondear con orgullo en todas las aldeas del altiplano. Izarla supuso por fin para nosotros el comienzo de la liberación. La verdad sea dicha, aun a sabiendas de que era una empresa imprudente, tú y yo nos vimos inmersos en aquella marea de un intenso orgullo y de una ferviente esperanza.

Era el Día de la Bastilla, el 14 de julio, y allí estábamos nosotros, Christine, en Vercors, cuando llegaron aquellos aviones americanos, relucientes bajo el sol de la mañana. Fortalezas Volantes, sesenta o setenta, con el eco de su rugido atronador por las montañas, el gran redoble de tambor de la libertad para todos los que estábamos allí. Londres había atendido a nuestros mensajes. Por fin, ya estaban aquí todas las armas que necesitábamos, por fin, y explosivos, y granadas, y morteros, y munición. Ahora sí podíamos hacerlo, sí podíamos luchar. Recuerdo cómo enloqueciste de alegría, Christine, y yo también. Y Auguste. Y la cosa no hizo sino mejorar. Se abrieron los paracaídas, por cientos, y eran rojos, blancos y azules. ¡Un espectáculo nunca visto!



Lo único que teníamos que hacer ahora era recoger todo lo que nos habían lanzado, y la lucha podría comenzar. Ahora podríamos derrotar a cualquiera, lo que fuera que nos pusiesen delante. Por un momento creí lo mismo que todos queríamos creer, que la liberación había comenzado de verdad. Pero mientras observaba a los demás cómo salían corriendo para abrir los contenedores y recoger las armas, todo mi entusiasmo se desvaneció de repente, y la cruda realidad ocupó su lugar.

¿En qué estábamos pensando? Un lanzamiento aéreo como aquel, de aquella magnitud, a plena luz del día y con aquella armada de aeronaves tenía que ser una locura. ¿De verdad nos imaginábamos que los alemanes estaban ciegos? Tenían ojos en todas partes. Tú y yo supimos que, en ese momento, darnos prisa era nuestra única esperanza. Teníamos que organizar la recogida de las armas y prepararnos para el ataque que sin duda llegaría, y pronto.

Cuando oímos que los aviones volvían otra vez, la mayoría creímos que eran los americanos, con más armas. Todos saludaban y jaleaban. Pero no eran los americanos, ¿a que no, Christine? Vimos las cruces negras que llevaban en las alas.



Nos cazaron a cielo abierto, recogiendo todo lo que nos habían lanzado sobre el altiplano. Nos ametrallaron, nos bombardearon, arrasaron las aldeas de Vercors y las dejaron en ruinas.

Llegaron los planeadores, cargados de paracaidistas, los tanques ascendieron por los pasos de montaña, y todo cuanto teníamos nosotros eran unos rifles y algunas ametralladoras Sten, que eran como cerbatanas de guisantes contra sus tanques, contra sus cazas.

Diez mil alemanes no tardaron en inundar todo Vercors, persiguiéndonos. Algunos aldeanos se escondieron en las cuevas de las montañas: los heridos, las mujeres y los niños, los ancianos, todo aquel que no podía correr... y creyeron que estaban a salvo. Pero no había lugar donde esconderse. Los soldados masacraron a quienes encontraban, los mataban fueran quienes fuesen.



Tú nos obligaste a marcharnos, Christine, y acertaste. «Sigamos vivos para combatir otro día —dijiste—. Podemos quedarnos y morir, pero yo prefiero vivir». Me salvaste la vida. No era la primera vez, y resultó que tampoco sería la última. Descendimos por barrancos y atravesamos bosques con el eco de los disparos y los gritos a nuestra espalda.

Y tú, Auguste y yo seguimos caminando, no dejamos de caminar durante veinticuatro horas y solo nos detuvimos a beber en los arroyos y a darnos apoyo y reconfortarnos entre nosotros. Una y otra vez nos decías, Christine, que no debíamos culparnos, que lo que acabábamos de presenciar no era culpa nuestra, sino una de las tragedias de la guerra, que ya llegaría nuestro día, que ya llegaría la libertad. Por primera vez en nuestra caminata de descenso contigo desde Vercors, estuve a punto de no creérmelo. Pero tú me levantaste y me espoleaste.

Nos reagrupamos, recogimos a todos aquellos que habían sobrevivido y volvimos a reclutar por lo menos a los suficientes para reemplazar a quienes habían muerto. Auguste pidió más suministros por radio... y tras el desastre de Vercors por fin se dieron cuenta de la urgencia de nuestras necesidades. Y tú hiciste correr la voz a lo ancho y largo de los grupos de la Resistencia y del Maquis en Francia, y entre los partisanos al otro lado de la frontera con Italia, de forma que la siguiente vez que nos alzásemos en armas, cuando desembarcasen los americanos —que no tardarían—, estuviésemos preparados, para no volver a fracasar.

¿Cómo era eso que solías decir, Christine? «Francia volverá a ser Francia. Polonia será Polonia». Jamás dudaste de que venceríamos, ni por un instante, ¿a que sí? No me dejaste a mí dudar, ni a Auguste, ni a ningún otro.

No estabas tú allí cuando me descuidé, Christine, cuando me capturaron. Y menos mal que no estabas, ahora que lo pienso. Aunque también es verdad que, si hubieras estado, quizá no hubiera sucedido nunca. Te encontrabas en lo alto de las montañas con Paul, nuestro querido Paul Héraud —quizá el hombre más grande de mi vida—, formando entre ambos un ejército de combatientes por la libertad, socialistas, comunistas, gaullistas, solucionando sus disputas y reuniéndolos en un solo ejército de la Resistencia para combatir al enemigo común.



## CASI LLEGA EL FINAL

¿Paul? Puede que Dumont fuese tu nombre en clave —e, igual que yo, tú insistías en que todos utilizásemos nuestros nombres en clave —, pero nunca me gustó. No te pegaba. Para mí siempre fuiste Paul, incluso entonces, mentalmente. Paul Héraud, amigo querido, supremo luchador por la libertad. Y ahora, para mí eres Paul.



¿Oyes ese búho? ¿Recuerdas cuando escuchamos juntos a uno como este? Estábamos esperando en la ladera a que llegase un avión —Christine, Auguste, tú y yo— para otro lanzamiento aéreo, y me diste un toque en el hombro y me dijiste que escuchara. Creía que habías oído el avión, pero no, era un búho. Igual que este.

Por aquel entonces me parecías inmortal, Paul, a todos nos lo parecías. Contigo allí, todos sabíamos que podíamos ganar. Ni siquiera tenías que haber estado en esa carretera. Te dirigías en tu motocicleta a rescatar a un amigo al que habían arrestado cuando te topaste con aquel convoy de alemanes que te dieron el alto.

Intentaste huir, y ellos te abatieron en el bosque. Deberíamos haber estado contigo: Christine, Auguste, yo, todos nosotros, alguno de nosotros. Moriste solo, y esa idea es algo que aún me atormenta, incluso ahora.



He estado en aquel lugar, Paul. Un río pasa cerca, un bosque rebotante del trino de los pájaros. Si tenías que morir, hombre de campo como eras, no había un lugar mejor, ninguno con más paz. Auguste, Christine y yo tratamos de continuar llevando el relevo de la antorcha lo mejor que pudimos, Paul, intentamos mantener viva la llama, pero jamás ardió con el mismo brillo después de que te fueras.

Ojalá hubieras estado hoy aquí conmigo, Paul. Te habrían encantado esos niños que viven en una Francia libre, esa amada Francia tuya a la que tú, más que nadie que yo conozca, ayudaste a liberar. Me da la sensación de que sí has estado aquí en ocasiones. Con frecuencia he sentido tu mirada, que me observaba, en los peores y en los mejores momentos.

Ya soy un hombre adulto de noventa años, Paul. ¿Oyes eso? ¡Noventa! Y tú aún eres para mí como un héroe de juventud. Hablo sobre ti a menudo, porque quiero que la gente sepa de ti. Qué pocos te conocen. Viviste sin hacer ruido, como un carpintero; cuanto hiciste liderando la Resistencia, lo hiciste sin hacer ruido. Y moriste sin hacer ruido.

Es curioso, pero yo estuve a punto de morir de la misma manera que tú. Íbamos en un coche, doblamos un recodo, y allí estaban, los soldados alemanes en un puesto de control. Éramos cuatro, todos agentes: Christian Sorenson, Xan Fielding, Claude Renoir, que iba conduciendo, y yo. ¿Te acuerdas de ellos, Paul? Íbamos todos en el coche de Claude, habíamos salido para encontrarnos con otros grupos de la Resistencia. Teníamos que hacer planes, entregarles dinero para alimentos y suministros, y cosas así. Le di a cada uno un sobre lleno de billetes, para dividirlo un poco y que fuese menos sospechoso si nos registraban a alguno. Un viaje normal y corriente, pensamos. Todo estaba en orden, documentación, permisos de trabajo, todo. Teníamos nuestra historia bien preparada. Si nos daban el alto, diríamos que no nos conocíamos, que Claude nos había recogido a Sorenson y a mí haciendo autostop.

En fin, que estábamos saliendo del pueblo, en Digne, y vimos un control de carretera delante de nosotros. No me preocupé. Contamos nuestras historias. Parecieron satisfechos y nos hicieron un gesto para que continuásemos. Pero entonces llegó otro coche. Milicia. La Gestapo francesa. Lo supe de inmediato. Volvimos a contar nuestra historia: éramos desconocidos que hacían autostop. Pero esta vez nos registraron y encontraron el dinero. Qué ojo de lince el de aquel oficial de la Milicia, que se dio cuenta casi enseguida, por la numeración de los billetes, de que procedían del mismo lote. Los números eran consecutivos. No podíamos ser unos desconocidos.



Culpa mía. Qué estupidez, qué descuido. Nos llevaron a la cárcel de Digne, donde nos azotaron un poco, nos hicieron preguntas que no respondimos y nos pusieron mirando a la pared en un patio, con las manos sobre la cabeza. Pensé que nos iban a fusilar allí mismo y en aquel instante. En cambio, nos arrojaron a una celda húmeda y fría con un cubo en un rincón y nos dijeron que nos fusilarían al día siguiente.



Cuando al día siguiente vinieron a por nosotros, fue para llevarnos al cuartel general de la Gestapo en la prisión. Allí nos interrogó un hombre de pelo cano con aspecto de director de banco. Tenía un compañero muy desagradable y bastante distinto: un nazi hasta la médula, cabello rubio, ojos azules, pantalones bombachos, botas militares. No tenían ni idea de quiénes éramos, y no se lo dijimos. Contárselo no habría servido para que las cosas nos fueran mejor. Cuando terminaron con nosotros, nos bajaron a la celda de la muerte, como ellos la llamaban, y allí nos dejaron.

Me quedé sentado, enfadado conmigo mismo por mi estupidez, y haciendo las paces con papá, con mamá, con Pieter, con toda la familia allá en casa. Con todo el mundo, y contigo también, Paul. Despidiéndome, supongo. Mantenía el pensamiento alejado de lo que vendría después. Pensaba que ojalá hubiera intentado huir y me hubiesen abatido a tiros como a ti, Paul. Habría terminado más rápido. Quedarse allí sentado en la oscuridad, esperando a que llegase, no era la manera de pasar mi última noche en esta vida. Todos sabíamos que ya solo era una simple cuestión de cuánto nos

golpearían y de cuándo nos fusilarían. Al amanecer, como de costumbre.



Tú querías a Christine tanto como yo, Paul. Eso lo sé bien. Ambos sabíamos que era una mujer intrépida. Pero nunca fuiste consciente, ni yo tampoco, de hasta dónde estaba dispuesta a llegar para salvar a sus seres queridos. Tú mismo la oíste cantar aquella canción con bastante frecuencia: «Frankie and Johnny». Se convirtió en su canción, en nuestra canción. Y allí estábamos nosotros, esperando en nuestra celda de la muerte a que llegara el pelotón de fusilamiento, el sonido de las botas militares en el pasillo. Y entonces oímos a alguien cantándola. Creí que estaba soñando. Nada de sueños. Era Christine, fuera en la calle, que me la cantaba a mí, que trataba de encontrarme... eso lo supe en un instante, así que me puse a cantar con ella.

¿Recuerdas cómo odiaba Christine pedalear en bicicleta? Era valiente como una leona, pero la aterrorizaban los paseos en bicicleta, y aun así había pedaleado veinte kilómetros hasta Digne para encontrarme. Se había enterado de que nos habían detenido y de que estábamos allí, en el cuartel general de la Gestapo, pero no estaba segura de si ya nos habían fusilado o no. Así que se puso a cantar su canción allí fuera, en la calle. ¡Qué loca, qué mujer tan loca! Una mujer maravillosa.



Y lo fue más aún, Paul. Cuando me oyó replicar nuestra canción, entró directa en la cárcel y exigió hablar con el oficial al mando: Schenk, se llamaba, aquel que tenía pinta de director de banco. ¡Cómo me hubiera gustado estar allí delante para verlo! Cuántas veces he intentado imaginármelo. Christine era demasiado modesta como para hablar después de aquello largo y tendido.

Lo que sí sabemos es que se plantó allí y le miró a los ojos, y que debió de decirle algo así como: «Soy una agente británica, Pauline, sobrina del mariscal de campo Montgomery. Tiene usted aquí retenido a mi esposo, Roger, y a sus amigos, todos ellos agentes británicos también, que trabajan para la Resistencia. He venido a decirle que si los fusila —tal y como estoy segura de que pretende hacer—, me encargaré de que los americanos, que ya han desembarcado y están a unos días de aquí, conviertan en su máxima prioridad encontrarle a usted y ejecutarlo. O quizá sea la Resistencia quien lo encuentre primero, en cuyo caso es muy probable que le arranquen las extremidades una por una».

Schenk, como todos los alemanes a aquellas alturas, estaba nervioso, sabía que tenían la guerra perdida y buscaba alguna manera de salvar el pellejo. Christine lo sabía. Le vio el temor en la

cara. El hombre palideció, se quedó mirándola boquiabierto, tragó mucha saliva y accedió a hacer lo que ella le decía, siempre que a cambio le pagase dos millones de francos y le asegurase que recibiría protección y que sería tratado como un prisionero de guerra. Christine le dijo que regresaría en un plazo de cuarenta y ocho horas con el dinero y que, si Schenk se retractaba de la palabra dada y nos ejecutaba, podía tener la más absoluta seguridad de que la Resistencia descargaría la venganza más terrible sobre él y sus amigos. Satisfecha con haberle metido el pánico en el cuerpo, Christine se marchó.



Por supuesto, Paul, nosotros no sabíamos nada de aquello. La canción nos había dado esperanza, pero no teníamos ni idea de cómo iba a poder Christine sacarnos de aquel lugar sin un ataque frontal en el que morirían muchos y que, de todas formas, estaba destinado al fracaso. Dos días después, habíamos abandonado toda esperanza. Cuando la Gestapo vino a por nosotros una mañana, nos maniató y nos hizo salir de la celda, estábamos seguros de que había llegado el final.

Fue un recorrido extraño, una especie de paseo de sonámbulo hacia la muerte, hasta salir por las puertas de la prisión. No sentí miedo, tan solo tristeza por no volver a ver a Nan y a las dos niñas. No volver a ver a Christine. Nos llevaron hacia el campo de deportes, donde sabíamos que conducían a la gente para fusilarla.

Sin embargo, en vez de colocarnos en fila para ejecutarnos en el campo, nos metieron en un Citroën de color negro. Así que será en otro campo, a las afueras del pueblo, pensé, y nos dejarán tirados en alguna cuneta. Lo hacen constantemente. Allí estaba Schenk, en el asiento de delante con su uniforme, junto al conductor. Circulamos deprisa, dejamos atrás el saludo de los centinelas y salimos a campo abierto.

Entonces doblamos un recodo, y allí estaba Christine, de pie en la carretera. Ni siquiera nos miró, sino que abrió la puerta de delante del coche y se apretó al lado de Schenk. El coche prosiguió la marcha. Nadie dijo una palabra. Yo seguía intentando descifrar qué estaba sucediendo. Unos pocos kilómetros más adelante, el coche se detuvo.



Schenk se bajó y le entregó su revólver a Christine. Yo aún me veía incapaz de entenderlo. Tampoco se me puede culpar, ¿verdad, Paul? Aquella mujer había conseguido un imposible: nos había sacado de la cárcel horas, minutos antes de que nos hubiesen

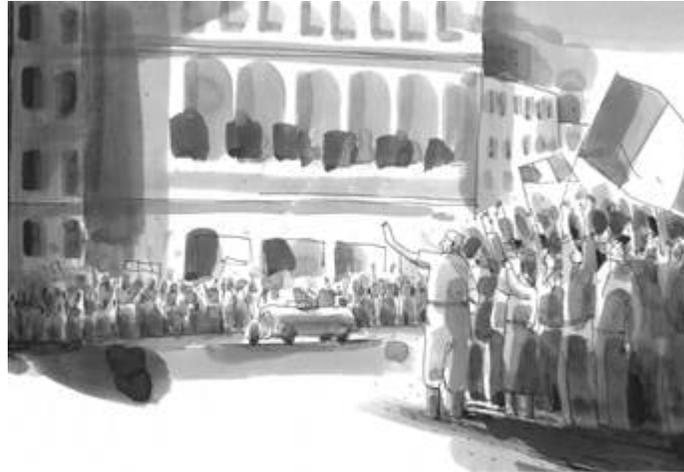
podido ejecutar, y nos había hecho desaparecer sin disparar un solo tiro.

Christine vio el desconcierto en mi rostro. Nos abrazamos, nos besamos, nos reímos. Schenk se quedó de pie, entristecido y patético, ahora nuestro prisionero.

Aquella fue otra fiesta en la que tenías que haber estado, Paul, en Seigne, aquella noche. Estaba Christine, estaba Auguste, estaba todo el mundo. Menos tú, Paul. Esa noche brindamos por ti una y otra vez, hasta bien tarde. Habíamos escapado de la mismísima boca del lobo.



Y tenías que haber estado cuando la Resistencia y los americanos fueron liberando una aldea tras otra, un pueblo tras otro. Tenías que haber visto las columnas de prisioneros alemanes abatidos, a Charles de Gaulle bajar con grandes zancadas por los Campos Elíseos de París, la alegría en las calles. Allí estábamos Pauline, Albert y Roger, los tres mosqueteros, disfrutando del calor de la victoria y nuestra recién hallada libertad.



Pero no todo fue alegría, Paul. Hubo también unas horribles represalias. Buscaron a los colaboracionistas, les dieron caza y los trataron de manera vergonzosa.

Fue complicado regresar a casa después de tanto tiempo. Nan y las niñas me estaban esperando, pero yo ya no era la misma persona que se había marchado de su lado. Habíamos llevado vidas independientes durante demasiado tiempo. Nan había pasado por mucho, yo también. Era como si me tuviesen que trasplantar para volver a echar raíces. Ella lo hizo por mí. Tejió una nueva vida para todos nosotros, se ocupó de la familia como de un jardín muy preciado, lo sembró, cuidó de sus flores y les dio amor.

En cuanto pude, retomé las cosas donde las había dejado, y me vi de nuevo en el aula, dando clase a cuarenta renovados y expectantes rostros que elevaban la mirada hacia mí. La guerra había sido una interrupción. Esta era mi verdadera vida: el colegio, los niños. Mi apodo volvió a ser Pies Grandes, y más de una vez oí a mis espaldas un coro de susurros que imitaban a un ogro cuando me marchaba de un aula..., de manera que no todo había cambiado.



En cuanto a Christine, tenía mucho que ofrecer, muchísimo talento, pero no un país al que regresar, ni una familia ni un trabajo. Polonia tenía ahora otras fuerzas de ocupación distintas, las de la Rusia soviética. Ella era un espíritu inquieto que luchaba por mantenerse en este extraño y nuevo mundo de paz. No pudo asentarse en el Londres de la posguerra. Fue de empleo en empleo sin recibir ningún reconocimiento por su trabajo en la Resistencia, con sus amigos desperdigados. Al final, un maldito loco la siguió hasta su casa un día en Londres, no mucho después de terminar la guerra, y la asesinó. Allí estuve yo, en su funeral, con algunos de los que la habían querido tanto.

Unos años antes, Nan y yo habíamos tenido otra hija. La llamamos Christine.

Dos años después tuvimos un niño, y le pusimos tu nombre, Paul, en tu honor. Es un muchacho encantador, un buen compañero y un hombre maravilloso. Te caería bien.



Ha sido una vida larga y plena, Paul, gran parte de ella empleada en enseñar y en formar en Inglaterra, en Kenia y en Botsuana, tratando de transmitir a los niños el conocimiento, la comprensión y el amor que necesitan para hacer de este mundo un lugar más amable, más justo y más pacífico. Tú deberías haber tenido una vida así, Paul. Qué cosas podrías haber logrado. Qué buenos ratos habríamos pasado.

Esa maldita campana está dando golpes otra vez, pero ahora ya estoy listo para dormir. Una larga vida, una larga noche. Pronto me dormiré. No la oiré cuando vuelva a sonar.

Mira eso. Hay flores en mi mesilla de noche —unos lirios rojos, blancos y casi azules—, las flores que me ha dado esa niña en la fiesta, la niña con ese nombre tan bonito, Jupjaapun Kaur. ¿Qué ha dicho que significaba su nombre? Princesa. Eso es. Princesa. Estoy seguro de que esas flores no estaban ahí antes. Quizá las haya traído Kia. O quizá fuera Niki, o Jay, o Paul. Mi querida Niki, mi querido Paul, mi querida Jay, mi querida Kia.

Ahora duerme.



Francis Cammaerts, 1916-2006,  
falleció dos semanas después de  
la fiesta de su nonagésimo cumpleaños.

Por Michael Morpurgo,  
su sobrino

# PROTAGONISTAS

## FRANCIS CAMMAERTS

(1916-2006)

Después de graduarse en Cambridge, Francis se convirtió en maestro de escuela. Ferviente objetor de conciencia, lo enviaron a trabajar a una granja en Lincolnshire. Allí conoció a Nancy Findlay y se casó con ella. Cuando su hermano pequeño Pieter murió en la RAF en 1941, a los 21 años, Francis decidió que no podía seguir viviendo al margen de la guerra. Se alistó en el SOE británico, la Dirección de Operaciones Especiales (*Special Operations Executive*), en calidad de agente secreto con el nombre en clave de «Roger», y estableció una gran red de leales combatientes de la Resistencia por todo el sur de Francia. Consiguió evitar que lo capturaran hasta las últimas semanas de la guerra, cuando fue detenido en un control de carreteras. Iban a fusilarlo, pero lo salvó su amiga y compañera agente del SOE, Christine Granville.

Después de la guerra, Francis regresó a dar clase en Gran Bretaña. Más adelante, fundó el Departamento de Magisterio en la Universidad de África Oriental en Nairobi y se convirtió en rector de una nueva Facultad de Magisterio en Botsuana.

Se jubiló y se marchó a Francia con Nancy y con su familia al pueblo de Le Pouget, en la región de Languedoc, en el suroeste de Francia.

**NANCY (NAN) CAMMAERTS (FINDLAY de soltera)**

(1917-2001)

Nan nació en Leeds (Inglaterra) y se formó como enfermera. Conoció a Francis en la granja donde él vivía y trabajaba al comienzo de la guerra. Se casaron en marzo de 1941. Pieter, el hermano de Francis, fue el padrino en la boda.

Nan fue un enorme apoyo para Francis cuando decidió alistarse tras la muerte de Pieter. Era una mujer fuerte de gran inteligencia y grandes aptitudes artísticas, madre, abuela y amiga muy querida. Murió en Francia en 2001.

### **PIETER CAMMAERTS**

(1919-1941)

Pieter se formó como actor en la Real Academia de Arte Dramático. Sobre su decisión de alistarse en la RAF, dijo: «Aquí, entre tú y yo, te diré que estoy tieso de miedo, pero es la mejor manera de evitar esa tediosa espera de las trincheras embarradas. El aire, al menos, está limpio, y si llega el final será breve y bueno».

Pieter fue sargento navegante: quería ser piloto, pero no tenía una vista lo bastante buena. Su bombardero Bristol Blenheim se salió de la pista del aeródromo de la RAF de St Eval, en Cornualles. Solo sobrevivió un miembro de la tripulación. Pieter está enterrado en Radlett, cerca del hogar de su familia.

### **EMILE CAMMAERTS (PAPÁ)**

(1878-1953)

Nacido en Bélgica, Emile fue poeta y anarquista. Se trasladó a Inglaterra con su mujer, Tita Brema, una actriz británica. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial y los ejércitos alemanes ocuparon Bélgica, Emile escribió poemas patrióticos, *Carillion* y *Le Drapeau Belge* entre otros, y colaboró en la organización de un fondo para los huérfanos de guerra belgas.

Después de la contienda fue crítico de arte y académico, y se convirtió al cristianismo. Se hizo predicador laico en Radlett y fue profesor de Estudios Belgas en la Universidad de Londres. Tuvo seis hijos, cuatro niñas —Marie, Elizabeth, Catherine y Jeanne— y dos niños: Francis y Pieter.

**HARRY RÉE**  
(1914-1991)

Harry era profesor de lengua. Se presentó voluntario para la Dirección de Operaciones Especiales y, en 1943, se lanzó sobre Francia en paracaídas y entró en acción con la Resistencia. Tras la guerra regresó a la enseñanza y se convirtió en el primer catedrático de Magisterio de la Universidad de York.

**AUGUSTE FLOIRAS**  
(1900-c. 1995)

Con el nombre en clave de «Albert», Auguste fue el operador de radio de Francis Cammaerts en la Francia ocupada. Desde allí envió más mensajes clandestinos al extranjero que cualquier otro operador.

Al comienzo de la ocupación, su mujer y su hija fueron arrestadas y trasladadas al campo de concentración de Ravensbruck. Francis fue a Ravensbruck con Auguste después de la guerra y encontró a las dos aún con vida. Francis le dijo a Auguste: «Uno no habla sobre los grandes amigos. Lo es sin más».

**PAUL HÉRAUD**  
(1906-1944)

Paul, el pequeño de cinco hermanos, era carpintero, un gran escalador alpino y también sargento del ejército en la reserva.

Cuando Alemania ocupó Francia en 1940, creó un extraordinario movimiento de la Resistencia en el sur de ese país.

En agosto de 1944, unos soldados alemanes le dieron el alto y lo abatieron cuando se escapaba. Francis Cammaerts dijo de él que fue «el hombre más importante que he conocido en mi vida».

## **CHRISTINE GRANVILLE**

(1908-1952)

Maria Krystyna Janina Skarbek nació en Varsovia, hija de una adinerada familia judía.

Escapó de la Polonia ocupada cuando estalló la guerra y ofreció sus servicios para luchar contra la Alemania nazi. Christine, ya con su nombre en clave de Pauline, se lanzó en paracaídas sobre el sur de Francia en julio de 1944 y entró a formar parte de la red Jockey de la Resistencia francesa comandada por Francis Cammaerts. Era una mujer valiente, carismática y persuasiva, tal y como atestigua su osado rescate de Francis de las manos del pelotón de fusilamiento.

Murió de forma trágica poco después de la guerra, asesinada en el vestíbulo de un hotel de Londres. Francis, entre otros amigos, asistió a su entierro en la capital británica.

## NOTA DEL AUTOR

La biografía de Francis Cammaerts que publicó Ray Jenkins, *A Pacifist at War*, y la obra de Clare Mulley, *The Spy who Loved*, han sido de gran ayuda al escribir este libro.

Pero ha sido la familia, y en especial Joanna (Jay) Cammaerts y Wole Wey, quien ha guiado y sostenido mi mano durante la creación de esta historia. No podría haberlo hecho, y no lo habría hecho, sin su amabilidad y su apoyo.

Ha sido un honor trabajar en este relato con uno de los grandes ilustradores franceses, Barroux, y, por supuesto, también ha resultado de lo más pertinente. En gran parte, fue él quien me inspiró para que la escribiese.

Mi agradecimiento a Ali Dougal y a Liz Bankes, mis editoras de mesa en Egmont, y a Laura Bird, que se ha encargado de la dirección artística de la obra; a Clare Morpurgo, mi mentora en tantas cosas; a Cally Poplak, mi editora jefe en Egmont, también a Ros Morpurgo y a Vicki Berwick, que me ayudaron a preparar el guion.



Michael Mapogo  
*[Signature]*

## NOTA DEL ILUSTRADOR

Gracias a Michael por confiar en mí.

Gracias a Joanna por recibirme con los brazos abiertos en el corazón de Le Pouget.

Con mis propias armas, luz y trazo, he seguido los pasos de Francis en un intento por acercarme más al hombre que fue.

Ha sido un hermoso viaje.



BARROUX

# ÁLBUM DE FOTOS



Francis (segunda fila, tercero por la izquierda), en el equipo de hockey del colegio



Emile y Tita Cammaerts, con cuatro de sus seis hijos



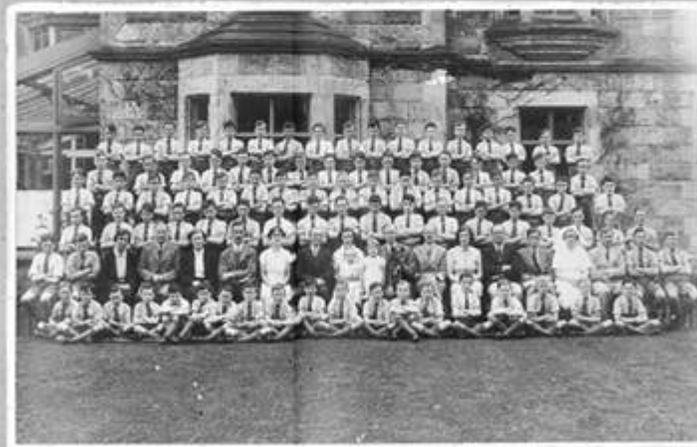
Nancy Findlay, de niña



Pieter



Instantáneas de Francis



Francis (segunda fila, sexto por la izquierda), cuando era maestro de escuela



Francis, con su uniforme militar



Nan Cammaerts, sur de Francia, 1947, con su hija Jay y un amigo



Francis y Auguste Floiras



Christine Granville, en Palestina



Harry Rée



Christine Granville, en 1942



Paul Héraud



Documento de identidad de Christine en el ejército británico



Francis y Nan